



NUM. 64

BARCELONA. 28 JULIO 1900

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



JULIO

El calor aletarga. Las flores se marchitan; han desaparecido las alfombras de verdura de los sembrados y en su lugar se extienden los rastros pardos, con notas de campo de batalla en que se han segado muchas vidas. Rueda el trillo por la era y entona la chicharra su desapacible canturía en los olmos. Las plantas se secan sin una gota de agua, pero las vides absorben ávidas el calor que enardece la circulación de su savia. ¡Más Sol, todavía más! El Sol es el que ha de abultar las perlas de ópalo y granate que cuelgan en racimos de los flexibles sarmientos. Entretanto los cuerpos, rendidos por el calor, buscan la frescura del agua.

El viento está callado; el cielo sin una nube. La tierra es horno; el mar es frío; la montaña es brisa.

El hombre de las ciudades huye al monte; el hombre del monte le espera como el cazador á su presa; justo es que pague el verano las miserias del invierno. Bajo los rayos de un sol de plomo mantiénesse, sin embargo, inflexible la ley del trabajo; nunca se gana el pan con más sudor de la frente. El siervo del terruño se zambulle en el estanque, en la balsa, en el pantano; el siervo de la fábrica se zambulle en el río que hace mover sus telares, ó en el mar, como cualquier marqués del centro.

La humanidad se hace anfibia. Entretanto, la vida oficial se entrega al placer del *dolce far niente*; es la vida hibernante, bajo la forma *veraneante*... Modorra, letargo, sopor, como siempre, sólo que esta vez se hace cómplice á la Naturaleza para justificar la inactividad y la holganza.

Invade el gentío el ancho circo para ver lidiar á los toreros; el vaho de la sangre parece refrescar el ardor de los cuerpos; olvidase el calor ante el espectáculo de la muerte. Entretanto los bosques resuenan con las pisadas de los excursionistas, espantando á las perdices y llenando de azoramiento á los conejos.

El cielo luce por las noches su estrellado manto, cruzado por la argentina banda de la Vía Láctea, y la Tierra, agrietada, cruje como si quisiera deshacerse en polvo.

CARLOS MENDOZA



eran n
desper
Ver
co: la r
bios co
El J
la cabe
cia y el
ramelo
en La
che sal
habían
aplaus
Pag
por oír
cipales
tesanía
que no
indispl
artista
Así
benefic

LA OROPENDOLA DE LA TIJLE

Habían salido á esperarla al pueblo más cercano y la habían ofrecido sus carruajes los principales señores de la población.

Ya de noche, entró en la villa acompañada del alcalde, encabezando el

séquito de carruajes que con los del camino que conducían al personal de la compañía y los de particulares, pasarían de la docena. Salieron los vecinos á las puertas al estruendo del rodaje, y en los casinos y cafés no se habló de otra cosa aquella noche.

En noches sucesivas, el vetusto teatrillo se vió lleno de bote en bote, y cada día eran mayores el entusiasmo y las simpatías que despertaba en el público.

Verdad que era una gran artista del género chico: la romanza de *El Cabo Primero* salía de sus labios con frescuras y brillantes propias.

El *Jerez del Certamen* se subía seguramente á la cabeza de los espectadores; en *El Grumete* decía y cantaba con maestría y con donaire. En *Caramelo* toreaba de veras al público con su *ángel*, y en *La Diva* lo era auténtica. Ninguna no che salió á aquel escenario (que con ser ruin habían pisado Valero y Calvo) sin que un aplauso nutrido le acogiese.

Pagaba el público precios exorbitantes por oírla y se disputaban las familias principales el agasajarla: ella, cortés con la cortesía social, aceptaba de estos agasajos los que no podía rechazar, y aun éstos, con esa indisiplicencia que es la característica de los artistas célebres.

Así pasaron aquellos días, hasta el de su beneficio, que fué la penúltima función; acu-

dió más público, si más cabía en el local aquel, y la aplaudieron más y con más ahínco, si posible era en tan espontáneo entusiasmo. Entre las flores, las palomas y los cartuchos de dulces que con otros objetos llenaron el escenario, cayó al proscenio una oropéndola; el pintado pájaro, creyéndose en el bosque, *tendió el vuelo por la sala y cayó de nuevo en la escena.*

La tijle, que abrazaba junto á su seno las palomas, recogía ramos y coronas y simulaba esa emoción, que es la suprema fición del artista; cogió el pájaro aquel con caricia y lo llevó á sus labios, rozando el terciopelo rojo de que la hablaban sus admiradores con el fino plumaje.

Luego su dama de compañía



metió el ave en una jaula y la llevó con los otros presentes al cuarto de la tijle en la fonda. A la noche siguiente fué la despedida, y, des-

pués de la función,—esta vez sin ruido ni séquito, pero en coche particular y acompañada del dueño amigo,—marchó la tiple á la ciudad inmediata para tomar allí el tren que la llevase á Madrid.

A poco de su marcha entré en el departamento de la tiple, que era el mejor de la modesta fonda y en el que reinaba ese desorden de las habitaciones abandonadas; allí estaba sobre una silla la jaula de la oropéndola y dentro el pájaro muerto.

¡Muerto de hambre!

Al ver la preciosa ave de la clase de dentirostrus pintada de verde, de azul, de amarillo y negro, con su largo pico cerrado, sus alas y su cola plegada, yerto el cuerpo, inhábil ya para el pitido y para el revoloteo que ayer alegraron el bosque, abrí la jaula, cogí el leve cuerpo aun caliente, ví los ojos entre cerrados no más, le abrí el pico y me pareció que cantaba y su canto decía:

—¡Ingrata! Ayer hacías ademán de besarme, y yo, que pude clavar mi pico en la guinde de tus labios y alimentarme, no lo hice porque te miraba con simpatía de compañera y luego me abandonaste y me dejaste morir enjaulada.

Si tú alegrabas el escenario, yo alegraba el bosque que es escenario verdad, y en él revoloteaba yo de árbol en árbol y de rama en rama, con más gracia y donaire que tú pisas el prosenio; y yo también cantaba; pero no como tú, servil instrumento humano, al compás de música aprendida, sino con

inspiración propia, y mis arias eran tan agudas como las tuyas, y mis duos tan afinados, llevándole á tu tenor y barítono gran

ventaja el ruiseñor que me acompañaba. Si tú lucías vistosas galas, no lo eran menos las mías, con la diferencia de que los colores de mi vestido no los destituye el sol ni la lluvia,

y nunca tuve que pagar la cuenta de mi modista, que se llama Doña Naturaleza; últimamente yo cantaba por oírme y dejarme oír; artista del bosque, nadie me asalariaba, aunque embelesé á los que me escucharon, y cantando vivo y cantando muero.

¿Te ocurrirá á ti lo propio, ó perderás la voz antes que la vida?

Esta sería mi venganza, que será justicia.

Y cuando el soliloquio de la oropéndola la hubo terminado, mientras la amortajaba en papel de seda para entregarla al disecador que conservase su forma y su plumaje, pensaba yo el cándido entusiasmo del cazador que la hizo presa en el lazo para ofrecerla ufano á la tiple aquella, en el anónimo montón de los regalos, ¡já la olvidadiza diosa del arte, que no la cuidó viva, ni siquiera la conservó muerta, llevándola como presa de su triunfo,—quizás el más espontáneo de su vida de artista,—para adornar la copa de un sombrero entre flores y plumas.

(Dibujos de G. Gajol II.)

EL MARQUÉS DE PREMIO REAL

Ayuntamiento de Madrid

LOS SUCESOS DE CHINA

Público y notorio es ya que el jefe de la insurrección de los chinos contra los europeos es el príncipe de Tuan, padre del príncipe Pu Chum, proclamado heredero de la Corona el 24 de enero último. Ha sido el de Tuan gobernador de Tientsin; pasa por ser eminentemente reaccionario y fué el alma del



EL PRÍNCIPE DE TUAN
Dictador en Pekin

golpe de Estado de 1898, con cuya ocasión fué nombrado presidente del *Tsung-li-Yamen* ó ministerio de Negocios Extranjeros en reemplazo del príncipe Ching, favorable á los europeos. El príncipe de Tuan, en realidad de verdad, tiene más derecho al trono, por su parentesco con la familia imperial, que no el actual emperador Kuang-Su, cuyo advenimiento fué debido á una adopción más ó menos auténtica.

Digamos algo también de algunas personalidades europeas que figuran en primer término en los sucesos de China.

M. Esteban Pichon, ministro de Francia en Pekin no procede de la carrera diplomática sino del periodismo. Ha sido concejal de París y diputado por espacio de ocho años. No habiendo



ALMIRANTE COURREJOLLES
Comandante de las fuerzas navales
de Francia en China

resultado elegido en las Cámaras de 1893 fué nombrado ministro de Francia en Port-au-Prince (Haiti); pasó después á Rio Janeiro y, por fin, en 1898 fué designado para ocupar el cargo que desempeña hoy, si es que vive. M. Pichon cuenta cuarenta y siete años y es protegido de M. Clemenceau.

El almirante Alexieff manda la escuadra rusa del Extremo Oriente, que tiene por estación el puerto militar de Vladivostok. Por orden de su gobierno pasó á Taku para dirigir las operaciones de las fuerzas rusas de desembarco en auxilio de los europeos de Pekin, y de acuerdo con el almirante inglés asumió el mando de los aliados durante el bombardeo de Tientsin.

Prosiguiendo ahora la reseña del Celeste Imperio que empezamos en nuestro número anterior, diremos que, según el Almanaque de Gotha, China comprende 30 provincias (*tschung*), las cuales están divididas en departamentos (*fú*); éstos en distritos ó circunscripciones (*tchu*) y los distritos en comunes ó ayuntamientos (*pao ó tu*).

Todos los empleados civiles y militares (*pe-Kuan*, que significa *Cien funciones*) son conocidos por los europeos con el nombre de *mandarines*, empleado al principio por los portugueses. Los mandarines son á la vez generales, administradores y jueces, y tienen á su cargo la aplicación del Código Penal, dechado de claridad y lógica, si bien las penas son atroces y bárbaras hasta el colmo de lo horrible. Está vigente la pena del talión, se aplica la tortura y se condena las más de las veces al inenarrable castigo de la muerte lenta. Toda sentencia de pena capital debe ser sometida á la aprobación en un con-



M. ESTEBAN PICHON
Embajador francés en Pekin



VICE-ALMIRANTE RUSSO ALEXIEFF
Comandante en jefe de la estación de China



CAPITÁN LANG
Comandante de las fuerzas alemanas

sejo y puesta en conocimiento del emperador, que tiene el derecho de gracia. Al acusado se le niega el derecho de defensa, pero basta que la *opinión pública* representada por la masa de los vecinos de una localidad imponga su *veto* para que la sentencia del mandarín quede anulada. Además las asambleas públicas pueden expulsar también al mandarín cuando les parece que lo hace mal.

La principal función del gobierno estriba en el supuesto de que no debe tener otro objeto que la instrucción, pero por más que ésta se halle muy difundida, el pueblo, en general, no sabe leer ni escribir. Verdad es que no es poco difícil, aun para un chino, saber leer y escribir el idioma de Confucio. Ingrésase en todas las carreras del Estado mediante severos exámenes, ejemplo de mandarinato imitado por la culta Europa. Los bachilleres reciben el nombre de *sintsei* (*talento adornado*), pero son calabaceados por lo general las nueve décimas partes al presentarse a exámenes de ingreso en los empleos públicos. Este enorme residuo se gana la vida examinándose en lugar de los aspirantes ricos, pero tontos, sustitución

que es permitida, como es permitida también la de los sentenciados a tortura y aun a muerte. Con frecuencia, en efecto, se da el caso, de que el condenado alquile por dinero a su prójimo que se resigna a sufrir la pena que debía sufrir aquél. Tres años después del bachillerato se sufren los exámenes de



AFUERAS DE LA PUERTA DEL SUR, EN TIENHSIN

licenciatura (*kin-jen*, *hombre ascendido*) y al cabo de otro trienio se puede presentar la tesis para el doctorado (*tsin-se*). Sólo se da instrucción a los varones, alegándose la *falta de tiempo* para otorgarla a las mujeres.

A cada grado de letrado corresponde un empleo especial, pero no se crea que sea esto nin-



SOBRE EL PEI-HO, EN TIENHSIN

guna garantía de aptitud ni de moralidad, antes al contrario. Respecto a las fuerzas militares poco se puede decir que sea exacto.

Los manchues ó soldados de las *Ocho Banderas* ascienden á 288,000 hombres, pero sólo pueden entrar en campaña 90,000. En su mayor parte guarnecen las plazas fuertes. Las tropas de la China propia ó de la *Bandera Verde* cuentan 539,000 hombres, de los cuales sólo pueden utilizarse en tiempo de guerra 98,000 voluntarios y 161,000 reclutas.

La sola provincia de Pe-Teh-Li está ocupada por 99,000 soldados bien instruidos con 581 cañones, de entre ellos 245 de sistema moderno.

También las provincias de Kwang-Si y Formosa están guarnecidas por excelentes tropas.

Esas tropas están distribuidas en regimientos de infantería de 14 compañías, escuadrones de caballería y baterías de campaña y de montaña. Además de este ejército oficial hay una especie de guardia municipal encargada de la conservación del orden en las ciudades.

Vamos á ver ahora como se las componen las fuerzas ruso-franco-anglo-tento-japono-américo-holandio-italianas ante los chinos, que, según parece, y salvo que no se confirme la noticia, han declarado la guerra al Oso moscovita é invadido la Siberia y quiera Dios no debamos resucitar la oración: *A furor tartarorum, libera nos, Domine*.



BARRIO EXTRANJERO DE TIENHSIN

MIGUEL MAULEON

La criada vieja

por
F. Verdugo



1. — Ya lo sabe usted; en mi casa siendo juiciosa y honrada tendrá usted un puesto eterno.



2. — ¿Llaman? Vaya usted a ver quién es.



3. — ¿Cuánto tarda esa chica.



4. — Señora, el carbonero.

Soplar la dama

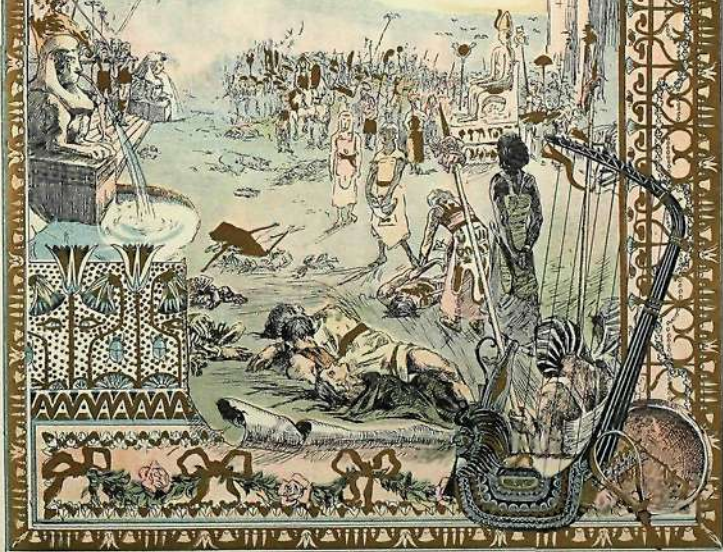
He recibido una carta
dictá de su puño y letra
a Paco el memorialista,
que es el que la representa
y el que odia de hombre bueno
cuando van á la delega;
te advierto que ese fonógrafo,
ú hombre bueno, ú lo que sea,
se destroza una fortuna
en miedo, cuando chasala
que yo si no soy un cise
cuasi soy un cirujeda;
la estoy esperando todas
las mañanas a la puerta
de su casa cuando sale
a currelar la lusalecta;
que tío tiene colos,
ese gachó la camela,
y pa mí que me la usurpa,
y pa mí que se la lleva
y entouces le hago efectivas
uos millones de guletas,
aunque desigreni hombre;
y aunque mi cuerpo se pierda.
Ahí tienes, esta es su carta
que parece una sentencia;
cotos cuatro garapatos
de color de violeta
son los que han puesto mi alma
lo mismo que una crueta,
¡por cuatro rayas malditas

pierde un hombre su existencia
su diznidad, su puchero,
el tabaco y la vergüenza!
Dices esos dos renglones,
que son los que mas molestan:
«¡Lemos terminao pá siempre;
busca trabajo y quien tenga
la calma que yo he tenido,
que no ha sido muy pequeña,
de alimentarte seis años
y cubrir tus apariencias,
me alegro de verte bueno
tu afectisima, Indalecia.»
Vamos, di ¿qué te parece
la sofama? ¿qué la encuentras?
¿No es pa que uno la magulle?
¿No es pa que uno la aborrezca?
¿No es pa que uno la dijese,
pero, van acá, gacela,
a que me apartes del mundo
tu amor y la subsistencia?
¡Ese tío tie la culpa,
las va á pagari ¡Por estas!
Es un hombre que ha robado
si debilidad á fuerza
de ofrecimientos, de labia
palabritas y bajeras;
y, úme devuelve el puchero
íntegro, ú pa mí que nieva
y ese calamar en tinta
se ha de acordar de esta fecha

ANTONIO CASERO



Todo el pueblo de Menfis, agolpado en el trayecto desde el Palacio del Faraón hasta el Nilo, aclamaba á la reina, que iba á recibir á su esposo, vencedor en la guerra con los nómadas de Siria. Jamás había parecido tan hermosa Nitokris, «la bella de las mejillas de rosa.» Veíase pintada en su semblante la alegría de volver á ver á su amado, el elegido de su corazón, y el orgullo por el triunfo alcanzado por las invictas armas faraónicas. Parecía que las sombras de Kheops, Khefren y Micerino abandonando sus sepulcros saludasen desde lo alto de las pirámides á las empavesadas naves que remontaban el Nilo conduciendo á su patria á los victoriosos soldados de Misraim. Habíase levantado junto al río, bajo las palmeras, un pabellón cubierto por ancho velo de púrpura; allí debía esperar la reina á su amado; no tardó en llegar la primera nave, y rápido como una flecha saltó de ella un guerrero, que Nitokris



recibió en sus brazos. Levantóse sobre el murmullo del río golpeado por los remos y sobre el rumor de la muchedumbre el estridente son de las trompetas y atabales lanzando al viento el himno á Astarte, diosa de las batallas, la de cabeza de leona, hasta que, desembarcados todos, el cortejo se puso en marcha hacia la capital del imperio, bajo el sereno cielo de un día primaveral.

Allá á lo lejos, en medio de la inmensa necrópolis, recortaban sus gigantescas moles las tres pirámides, deslumbrantes de luz, revestidas de sienita, mientras á corta distancia se levantaba, formidable, la Esfinge, y mostraba sus flancos de granito escalonados la pirámide de Sakkarah, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, en aquella edad de oro en que los dioses reinaban sobre la tierra.

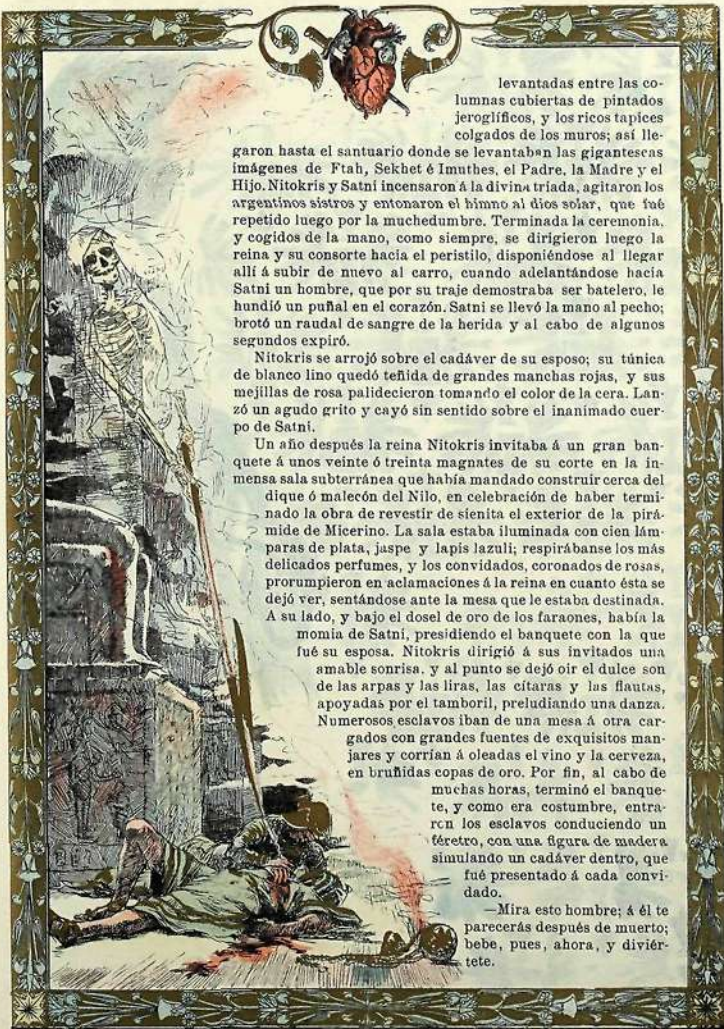
El príncipe Satni, feliz esposo de Nitokris, no parecía, sin embargo, atender á lo que en torno suyo pasaba; sus ojos no se apartaban de la reina, sus oídos no oían más que las dulces palabras que la graciosa soberana murmuraba quedo, acercando su rostro al del amado, hasta que el carro de oro en que iban, arrastrado por esclavos etíopes, se detuvo en la gran plaza que precedía al recinto del templo de Ptah, el dios de Menfis, encarnación del Sol.

Entonces comenzaron á desfilar por delante de la reina las falanges triunfales, centelleando á los rayos del mediodía los estandartes y los cascos, las espadas y los venablos, las corazas y los escudos, los arcos y las mazas, las lanzas y las picas, en cuyos hierros estaban clavadas las manos cortadas en la batalla. El pueblo, que había aclamado con delirio á los soldados, enmudeció luego para contemplar el paso del botín: los trofeos de esclavos, los carros cargados de armas, vasos de oro, extraños tejidos y preciosos muebles, pero interesábale sobre todo los caballos, singulares animales de la Arabia, de hermosa estampa, llenos de fuego y tan ardientes como dóciles.

Había, sin embargo, quienes no alentaban en su pecho sino sentimientos de odio, de envidia y de rencor; eran los príncipes que habían visto á Satni, uno de sus iguales, compartir el tálamo con la reina y ser elevado así á la dignidad de faraón; eran los guerreros que después de haber vencido en Etiopía y Nubia se habían visto olvidados para la expedición contra la Siria; eran, por fin, los despreciados aspirantes á ocupar el lugar de Satni en el corazón de la reina.

Nitokris y Satni, precedidos por los grandes sacerdotes, penetraron en la vasta avenida de las Esfinges que conducía al templo; pasaron por entre los colosales obeliscos que se adelantaban delante de la puerta, sostenida por enormes pilones de forma piramidal, franquearon ésta, y penetraron en el patio porticado que precedía á la sala hipostila, después de haberse despojado Satni de su coraza. Era allí densa la oscuridad, pero notanto que no permitiera distinguir las enormes estatuas de oro y bronce





levantadas entre las columnas cubiertas de pintados jeroglíficos, y los ricos tapices colgados de los muros; así lle-

garon hasta el santuario donde se levantaban las gigantescas imágenes de Ftah, Sekhet ó Imuthes, el Padre, la Madre y el Hijo. Nitokris y Satni incensaron á la divina triada, agitaron los argentinos sistros y entonaron el himno al dios solar, que fué repetido luego por la muchedumbre. Terminada la ceremonia, y cogidos de la mano, como siempre, se dirigieron luego la reina y su consorte hacia el peristilo, disponiéndose al llegar allí á subir de nuevo al carro, cuando adelantándose hacia Satni un hombre, que por su traje demostraba ser batelero, le hundi6 un puñal en el corazón. Satni se llevó la mano al pecho; brotó un raudal de sangre de la herida y al cabo de algunos segundos expiró.

Nitokris se arrojó sobre el cadáver de su esposo; su túnica de blanco lino quedó teñida de grandes manchas rojas, y sus mejillas de rosa palidiecieron tomando el color de la cera. Lanzó un agudo grito y cayó sin sentido sobre el inanimado cuerpo de Satni.

Un año después la reina Nitokris invitaba á un gran banquete á unos veinte ó treinta magnates de su corte en la inmensa sala subterránea que había mandado construir cerca del dique ó malecón del Nilo, en celebración de haber terminado la obra de revestir de sienita el exterior de la pirámide de Micerino. La sala estaba iluminada con cien lámparas de plata, jaspero y lapis lazuli; respirábase los más delicados perfumes, y los convidados, coronados de rosas, prorrumpieron en aclamaciones á la reina en cuanto ésta se dejó ver, sentándose ante la mesa que le estaba destinada.

A su lado, y bajo el dosel de oro de los faraones, había la momia de Satni, presidiendo el banquete con la que fué su esposa. Nitokris dirigió á sus invitados una amable sonrisa, y al punto se dejó oír el dulce son de las arpas y las liras, las cítaras y las flautas, apoyadas por el tamboril, preludiando una danza. Numerosos esclavos iban de una mesa á otra cargados con grandes fuentes de exquisitos manjares y corrían á oleadas el vino y la cerveza, en bruñidas copas de oro. Por fin, al cabo de muchas horas, terminó el banquete, y como era costumbre, entraron los esclavos conduciendo un féretro, con una figura de madera simulando un cadáver dentro, que fué presentado á cada convidado.

—Mira este hombre; á él te parecerás después de muerto; bebe, pues, ahora, y diviértete.



Dicha por última vez la fórmula, y retirada la momia de Satni, levántese Nitokris, dejó caer en el suelo la rosa que llevaba en la mano, y se dirigió precipitadamente seguida de algunos servidores hacia otra sala, cuya puerta se cerró al momento.

Oyóse un sordo rumor, y antes de que los invitados pudieran darse cuenta de lo que ocurría, abriase una trapa disimulada en el techo y caía sobre la sala, con horroroso estruendo, la cenagosa agua

del Nilo, llevada allí por un canal subterráneo secretamente construido.

En breve alcanzó el agua cuatro ó cinco codos de altura, y ahogó á cuantos allí estaban presentes. Era la venganza que tomaba Nitokris de los asesinos de Satni. La reina vivió aun muchos años, legando á su hijo un imperio en el apogeo del poder, y por espacio de muchos siglos fué fama que la sombra de Nitokris vagaba en torno de la pirámide de Micerino enloqueciendo de amor al viajero imprudente que se detenía á contemplarla.

Aun hoy los felahs pasan apresuradamente por delante, temerosos de caer en las redes de la terrible reina.

ALFREDO OPISSO



HORAS DE RECREO

PATRIOTAS

Hasta ponerse las botas,
en nuestra Patria, los hombres,
suelen con distintos nombres,
blasonar de patriotas.

Y bien calzados después
suelen dar los mismos hombres
á su Patria y á sus nombres
insultantes puntapiés.

Felipín, allí en su tierra,
con humos republicanos
contra todos los tiranos
sostenía cruda guerra.

Fácil era su palabra,
y su exterior generoso:
encerraba un pecho de oso
debajo una piel de cabra.

Entre mozos y gañanes
con elocuencia sencilla
derramaba, cual semilla,
de gobierno agudos planes.

Sacudiendo el grave peso
de cualquier autoridad
loaba la libertad
y la instrucción y el progreso.

Y todas las desventuras
del natalicio lugar
les hacía dudar
de los alcaldes y curas.

«Para que la dicha sobre,
debemos hacer añicos
la poltrona en que los ricos
chupan la sangre del pobre!»

Con esta canción eterna
conseguía Felipín
aplausos de cafetín
y palmas de taberna.

Los votos de sus paisanos
colocaron cierto día
la lagareña alcaldía
de Felipín en las manos.



El cual, dejando por rotas
las alpargatas de su uso,
por primera vez dispuso
estrenar un par de botas.

Y, por parecerle feas
é impropias del nuevo estado,
como cambió de calzado,
Felipín cambió de ideas.

Cual sucede, de ordinario,
llegó á trocar con el traje
su democrática lenguaje
en lenguaje autoritario.

Sentado en la nueva silla,
con pretensiones de rey
imponía, como ley,
su voluntad á la villa.

Y en vez de aquella canción
contra los ricos y curas,
prometía mil venturas
al respeto y sumisión.

Trabajo y no libertad,
decía con desenfado,
siempre busca el hombre honrado
en la cuita sociedad.

Al desorden pondré dique:
voy á ser inexorable
contra quien de mí mal hable,
ó á mis mandatos replique.

Y así logró Felipín,
sus caprichos imponiendo,
vivir muchos años, siendo
comensal en el festín,

que celebran los patriotas
entre aplausos y bravatas
cuando en lugar de alpargatas
logran ponerse las botas.

Con tan patriótico ardor
Felipines numerosos
viven y medran dichosos
en la corte de Madrid.

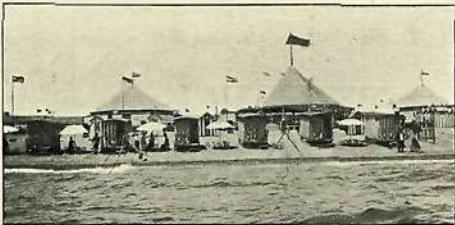
J. MARBÈS.

La canción

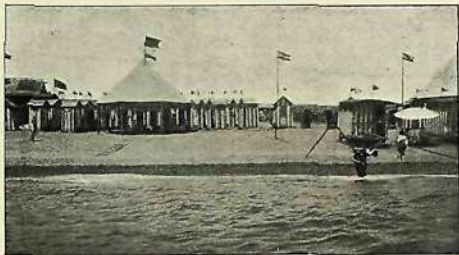
LOS BAÑOS DE MAR EN BARCELONA

Empleando, pero con plena exactitud, el manoseado *cliché*, puede decirse que los baños de mar, en Barcelona, «responden á una verdadera necesidad,» y á buen seguro que pocas poblaciones habrá que presten tan crecido contingente de bañistas.

Tal práctica es excelente, pues los organismos debilitados por las mil causas que á ello contribuyen en las urbes populosas pueden tonificarse algo con los baños de oleaje; además, resultan éstos una distrac-



BAÑOS DE SAN SEBASTIÁN



DEPARTAMENTO DE SEÑORAS

más poderosos medios higiénicos; con razón es colocada el agua entre las cosas más preciosas que nos ha concedido el cielo, y bien puede decirse que uno de los mayores resultados de los progresos de la civilización ha sido popularizar el uso de los baños. La piel, en efecto, es un órgano importantísimo de eliminación de los materiales nocivos, y conviene que funcione de la mejor manera posible, para lo cual nada mejor que los baños, ó en su defecto las abluciones. Otro aspecto de los baños es el pintoresco. Barcelona ofrece un carácter especial



TOMANDO EL BAÑO



EN LOS BAÑOS DE NEPTUNO

en cuanto se inaugura la temporada, con sus tranvías ocupados por las familias que van al baño, reconocibles por los maletines, bultos y paquetes que llevan en manos. Obsérvase asimismo en muchos rostros pintada la satisfacción, pues realmente se sale del baño algo aliviado de los molestísimos efectos del calor, no debiendo pasarse por alto entre los resultados de la balneación el aumento del apetito y el aseo que se advierte en la generalidad de los rostros, cabezas y manos.

Este año á causa de la tempera-

tura, senegallana de que venimos disfrutando parece ser aun mayor que de costumbre el número de los que acuden á sumergirse en «el líquido elemento.»

R. ALCÁZAR

NOYAS COMICAS



DEL MES DE JULIO.



¿Si se ha ahogado el primer mono? ¿qué podemos esperar los demás?

LO DE CHINA.



—Oye, chinito. ¿Tú sabes qué han hecho en tu tierra de nuestro embajador el Sr. Cologan?—¡Ah! ¡No sé!—Pues mucho ojo con Cologan, porque te Cologamos si le sucede algo.

PORTAGO Y C^a.



—¿Y qué es tu papa?—Ex director general de correos.—¿Y el tuyo?—Ex director general de correos.—No me extraña: sólo en este mes han pasado por esa dirección la mitad de los españoles.



EL DISCURSO DE ROMERO

—Y se atrevió usted á hablar de la sinceridad electoral—Sí, hombre. A esta fecha nadie se acuerda de que yo la intenté para que jamás resucitara.

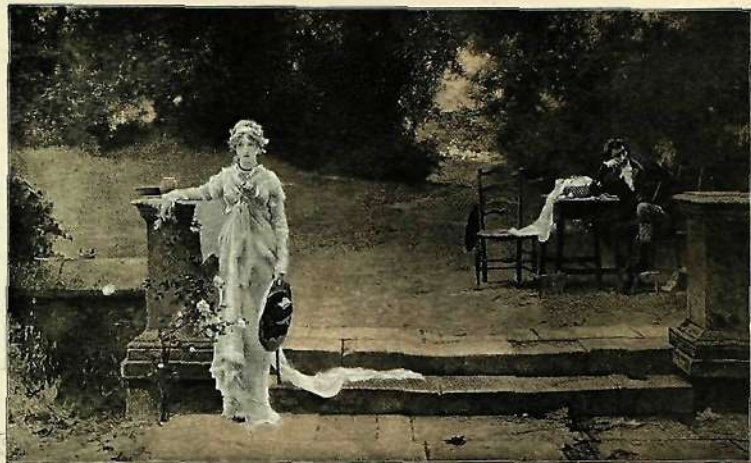


—¿Y á esto llaman ustedes escuadra?—Sí, señor; y á usted le llamamos Ministro de Marina.

DIVISION DE PARAISO



—Nunca olvidaré las pruebas de consideración y cariño, todo se olvida. ¿No me ha olvidado de hacer espejos con tanto andar de ceca en meca?



EL ARTE MODERNO

RIÑA DE ENAMORADOS

El autor, con excelente acierto, ha hecho remóntar la escena á los primeros años de este siglo que se acaba, y es indudable que con la variación del traje gana mucho la obra en interés.

Siempre ha habido riñas de enamorados, mas no parece sino que antaño eran más *poéticas* que ahora, de igual manera que era más poético el amor. Este sentimiento, pasión ó afecto, como se quiera, evoluciona indudablemente, como todo lo del universo, y, por lo tanto, las manifestaciones derivadas del mismo han de evolucionar también.

Volviendo á nuestro cuadro se ve que el caballerete está enojadísimo, hecho una furia, mientras que la dñamísel toma la cosa con bastante filosofía. ¡Vaya usted á saber ahora quién lleva la razón! Felizmente, en medio de tan *dramático* incidente no hay cuidado de que las cosas tomen igual cariz; trátase, sin ningún género de duda, de una *nube de verano*, y aquí notaremos la afición que hay de valerse, en amor, de metáforas meteorológicas y astronómicas: luna de miel, sol de felicidad, estrella de la dicha, la nube susodicha, tronar con el novio, *desaparecer* como relámpago, aurora, cielo, etc.; hasta los celos son de color azul celeste.

Lo que hay ahora es que esos enamorados en estado de *monismo* se creen, sin duda, muy trágicos en efecto, cuando el más indiferente se sonríe al verlos. No hay cosa que más engañe que esas *figuraciones* amorosas; casi siempre los de fuera ven mejor y más claro que los propios interesados. Además de que todo el mundo está en el secreto, y ya se sabe que *post nubila Phæbus*, ó sea que después de la riña viene la reconciliación, siempre sabrosa. Es una ley que no sufre excepción.

Y Dios nos libre de que no sucediera así; no habría comedia ni zarzuela del género chico posible; todo serían dramas y zarzuelas *serias*. La mayoría de las obras del teatro *ligero* no estrarían en otra cosa que en esas riñas de enamorados, terminadas indefectiblemente con el casamiento del galán y la dama joven, ó del tenor y la tiple cómica. Esto es lo humano, lo natural; las catástrofes están fuera de la regla, y por lo general sólo ocurren en las naturalezas primitivas ó incultas, teniendo por desenlace la *sal fumant*. No hay cuidado que ocurra nada semejante en el caso de esos dos apreciables enamorados. Ella volverá á tomar asiento en la abandonada silla, reanudará la labor interrumpida, y él trocará su enfurruñado ceño por una cara de Pascuas, salvo volver á las andadas al siguiente día.

PEDRO NORIZ



EL CHAMPAGNE DEL AMOR

Ayuntamiento de Madrid

M. D.
Hace a
los ejerci
de doctor
catedráti
melitas, s
a La Sinc
teaubrian
chado de
taba en s
que, de p
rriagazos
le poco m
gós a lo
critico la
tro, y á l
ve lo que
be de est
panegiris
minuciosi
moslo así,
jes, avant
que no ha
Chateau
Mme. Bea
tine, y cu
le llama
teaubrian
Chatei
mientras
tianismo,
con una p
lina.
Chateau
de reverses
á América
recibió W
pequeña
de márm
criadita q
contaba e
ni el Presi
te día de
neció auri
delfia.
Los via
interior é
pura inv
distancia
tamente i
ficarlos. E
textos, ap
Chateaub
escrito el
lista Bart

PEPITORIA

M. DE CHATEAUBRIAND

Hace algunos meses que, al haber los ejercicios para alcanzar el grado de doctor en Letras, el abate Betrin, catedrático del colegio de los Carmelitas, sostuvo una tesis respecto á *La Sinceridad religiosa de M. Chateaubriand*, á quien citaba como dechado de ortodoxia. Hasta aquí estaba en su derecho, pero lo malo fué que, de paso, le largara algunos zurriagazos á Sainte Beuve, acusándole lo poco menos que de falsario. Lle góles á lo vivo á los devotos del gran crítico la acusación dirigi la al maestro, y á la verdad, si Chateaubriand ve lo que está pasando ahora no debe de estarle muy agradecido á su panegirista, pues de resultados de una minuciosísima *información*, digamoslo así, sobre sus costumbres, viajes, aventuras, etc., le están dejando que no hay por donde cogerlo.

Chateaubriand fué el amante de Mme. Beaumont y de Mme. de Custine, y cuando hablaba de su mujer le llamaba la viuda de M. de Chateaubriand.

Chateaubriand, casado, vivió mientras escribía *El Genio del Cristianismo*, ó sea durante siete meses, con una *petite femme* llamada Paulina.

Chateaubriand soltó una infinidad de *reveses de la verdad en su Viaje á América*. Ni la casa en que dice le recibió Washington en Filadelfia era pequeña y humilde, sino un palacio de mármol, ni le salió á abrir la criadita que dice, pues Washington contaba con numerosa servidumbre, ni el Presidente se marchó al siguiente día de la entrevista, pues permaneció aun muchos meses en Filadelfia.

Los viajes que refiere hizo por el interior de los Estados Unidos son pura invención, pues cotejando las distancias con las fechas es absolutamente imposible que pudiese verlos. En cambio, comparando los textos, aparece claro y evidente que Chateaubriand copió lo que habían escrito el P. Charlevoix y el naturalista Bartram, dando por visto y ob-

servado por él lo que habían visto y observado aquéllos. Lo más probable es que Chateaubriand no se movió de á bordo durante los cinco meses que estuvo en América.

Chateaubriand le deja tamaño á Tartarin en imaginación: undia queriendo tomar un baño demar, durante la travesía de Saint Malo á Filadelfia, se arroja al agua y siente que los tiburones le rozan las piernas...

Otro día, pasea á caballo por el borde de la catarata del Niágara. Había allí cerca una serpiente de cascabel, el caballo se encabría, sus patas delanteras, se agitan sobre el vacío, y sólo se sostiene en terreno firme á fuerza de riñones. Felizmente el caballo hace una pirueta girando sobre sus pezuñas y así se salvan el corcel y su jinete.

Vuelve Chateaubriand al Niágara, y quiere descender por el acantilado; la escala de bejucos de que se valían los salvajes para descender está rota, pero el noble vizeconde no por eso cede. Baja agarrándose á las salientes de las rocas; de pronto la roca se vuelve lisa, resbaladiza, y Chateaubriand se agarra á una raíz con una mano permaneciendo en esta posición, suspendido sobre el rugiente abismo hasta que los dedos se le abren. ¡Cael, y queda sentado sobre una saliente de la peña, á unos cuantos centímetros sobre el agua.

Todo lo cual puede leerse en las *Memorias de Ultra-Tumba*... ¡y eso que los amigos de Sainte Beuve apenas han roto el fuego! Será cosa de frotarse las manos de gusto á medida que vayan sacando al sol los trapitos del ilustre promovedor de la intervención francesa de 1823.

CHISTES REGIOS

Cuando el Emperador Guillermo I no era más que rey de Prusia, solía dar reuniones íntimas en que desempeñaba principal papel el arte de Beethoven.

Una noche, Mlle. Wagner, al retirarse, echó de menos un papel de música, y el rey, siempre galante, la ayudó á buscarlo, advirtiéndole por fin, que, sobre un sillón asomaba

un papel de solfa, sobre el cual estaba sentada una voluminosa condesa.

—Señora, — la preguntó el rey. — ¿Sabe usted leer música?

—¡Oh, sí, sí! — se apresuró á responder la dama.

—Pues en este caso ya debe usted haber comprendido, — replicó Guillermo, — que esa música no es para instrumentos de viento.

Así lo cuenta, por lo menos, en sus *Memorias* el célebre tenor Roger.

Sin alardes de chim-chim ni de bombo, es bien sabida la virtud del calceida del doctor LADIVONSIM.

CHARADA

Es una letra la *prima*, me baño en *segunda* y *tercia* y el *todo* es un apellido de fama imperecedera, que entre vates españoles tiene un puesto por su alteza.

JEROGLÍFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior.
Charada. — Canela.
Frase hecha. — Pelar la pava.



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTERSE Ó NO, SO SE DEBE USAR NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50 — BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid